

# El principio del fin



Alan Stoga  
Presidente de Zemi  
Communications  
www.zemi.com

LA PRESIDENCIA DE George Bush ha comenzado su último acto. La victoria demócrata en las pasadas elecciones dio inicio a la campaña presidencial del 2008. Como resultado de esto, en parte, los próximos dos años serán un período en el cual el debate político interno se volverá cada vez más desagradable, encerrado en sí mismo y partidista. La habilidad de Bush de dar forma a los acontecimientos declinará y probablemente su disposición para llegar a acuerdos –que nunca ha sido su especialidad– desaparecerá.

Las elecciones demostraron que una clara mayoría de los estadounidenses está descontenta con la dirección hacia la que el país se dirige, con la guerra en Irak y con el desempeño del gobierno de Bush. En un mundo hostil post 11 de septiembre se esperaba que Bush –quien ha fracasado– entregara dos cosas: seguridad y competencia. El cada vez más profundo atolladero iraquí, con su incremento en número de muertos y sus atroces imágenes de matanzas, ha destruido el argumento de que la guerra de Bush haría al mundo más seguro. La respuesta del gobierno al huracán Katrina, también quemada a la luz de la rigurosa cobertura noticiosa del 24 de julio, avergonzó al país e hizo que el gobierno pareciera una pandilla que no lograba apuntar bien.

La relación de Estados Unidos con América Latina no ha tenido mejor suerte desde que el presidente Bush asumió el poder. Durante los últimos seis años la política estadounidense hacia la región se ha desarrollado a lo largo de dos vectores: comercio y seguridad. La marca más alta en la arena comercial fue la negociación y aprobación del Tratado de Libre Comercio con América Central. A pesar de que este acuerdo aún tiene que ser implementado y la iniciativa de un Acuerdo de Libre Comercio de las Américas más amplio murió, la administración sigue promoviendo tratados con Perú, Colombia y Ecuador, aunque el congreso muestra cada vez menos interés.

No hay un récord comparable en el área de seguridad. Mientras la mayoría de los latinoamericanos mostraron empatía con EE.UU. después de la tragedia del 11 de septiembre, casi todos se aterraron después de que la obsesión de Washington con el terrorismo acabara con todos los demás asuntos de su agenda regional. Sólo Colombia ha logrado tomar ventaja de la preocupación de EE.UU. por la seguridad en su propio beneficio.

Donde esta dinámica es más evidente, es en la relación bilateral entre Estados Unidos y México, que debería ser una de las preocupaciones más importantes de la potencia en política exterior. La buena noticia es que, durante las presidencias de Bush y Fox, ambos gobiernos han mejorado su habilidad para trabajar juntos en los asuntos prácticos que inevitablemente surgen al compartir una frontera de 2.000 millas –especialmente si separa un país rico de uno pobre. La mala noticia es que, en el asunto más importante –el constante y creciente flujo de mexicanos indocumentados a Estados Unidos– no ha habido progreso.

En todo caso, el legado de la administración Bush en el contexto mexicano-estadounidense tendrá dos caras: un dramático aumento en el número de indocumentados mexicanos en el país, y un muro igualmente horrible al que dividió Alemania por décadas. La diferencia es que es probable que nuestro muro, destinado a su propia infamia, tendrá tanto la capacidad de disuadir a los inmigrantes ilegales de abandonar Estados Unidos como la de mantener fuera a nuevos inmigrantes. No sólo un error histórico, sino una gran torpeza.

El que una muralla como ésa sea construida por un gobierno que ha intentado hacer de la exportación de la democracia su sello es una de las deliciosas ironías de nuestro tiempo, pero también un mensaje poderosamente negativo a toda la región. Si George Bush –quien como ex gobernador de Texas debiera simpatizar con México– termina por construir la versión estadounidense del Muro de Berlín, ¿a qué estará dispuesto su sucesor?

La obvia y lamentable conclusión de las cosas que la administración Bush ha hecho, así como las que no ha hecho, es que es probable que los próximos años sean aún un mayor desperdicio en las relaciones de Estados Unidos con América Latina. Los muros están en boga; la diplomacia creativa, no. Nada de nuevos acuerdos comerciales. Nada de iniciativas de desarrollo. Nada.

Esta es la consecuencia de las decisiones tomadas en Washington, no de la salud de Fidel, ni de las locuras de Chávez, ni de la ingenuidad de Morales, ni siquiera de la exportación de petrodólares venezolanos. Estados Unidos tiene la habilidad de echar a andar la región de manera creativa, sólo le hacen faltan voluntad e imaginación.

Con la presidencia de Bush en caída terminal, esto no cambiará muy pronto. ■